

# Parte 1: Capítulo 6

## El cristiano victorioso

Herman Hanko

*“ Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y, habiendo acabado todo, estad firmes.” (Ef. 6:13)*

### Introducción

Hace muchos años, cuando yo era miembro de la Sociedad de Estudio de la Biblia de los Hombres Jóvenes de la iglesia, decidimos grabar los sermones y llevarlos a los que no podían asistir a la iglesia, que eran más de cincuenta. En aquella época sólo había grabadoras de cable, que pesaban unos cuarenta kilos cada una.

Estos santos ancianos, que ya no podían disfrutar de la comunión de los santos en los cultos, disfrutaban hablando con nosotros cuando traíamos las grabadoras y disfrutaban de nuestra compañía cuando podíamos quedarnos un rato. Las conversaciones que más les gustaban eran las relativas a asuntos espirituales.

Inevitablemente, descubrimos que estos santos, sin excepción que yo recuerde, hablaban de sus vidas como cada vez más pecaminosas a medida que envejecían. Esto me chocó, porque había considerado a estas personas ancianas como el epítome de la santidad, a la que yo sólo podía aspirar en mi propia vejez. Como su testimonio era unánime, me sentí profundamente turbado, hasta el punto de que finalmente pregunté a mi padre a qué se debía aquello.

Me explicó que había muchas razones para ello: la conciencia de toda una vida de pecado, la creciente conciencia de lo terrible que es el pecado que cometemos desafiando al Dios santo y la creciente conciencia de la magnitud del propio pecado. Me señaló el Salmo 25, en el que el salmista, un hombre mayor, seguía orando por el perdón de los pecados de su juventud (v. 7). El salmista sabía que habían sido perdonados, pero llevaba la carga de ellos hasta la tumba.

Fue poco después de esto que escuché un sermón un domingo por la mañana, en el que el Rev. Herman Hoeksema, predicando sobre el tema de la santificación, hizo esta declaración: “La manifestación más importante de la santificación en la vida de un santo es su dolor por el pecado.” Todo encajaba.

El hijo de Dios santificado debe ser consciente de la enseñanza de las Escrituras de que es victorioso sobre el pecado y la muerte, y que esto es cierto incluso en esta vida. Hay momentos en la vida del hijo de Dios en que está tan atribulado por sus pecados que se siente tentado a abandonar la lucha. Comete el mismo pecado una y otra vez, y parece no hacer ningún progreso contra él. Hay momentos en nuestras vidas cuando el pecado nos ha abrumado tan completamente que tememos que nos haya vencido. Imaginamos que hemos sido derrotados en la continua batalla de fe que debemos librar contra el pecado dentro de nuestras propias vidas. ¿Debe terminar en derrota la lucha contra el pecado? O si no es derrota, ¿debemos esperar hasta que Cristo venga antes de ganar la batalla?

No, el cristiano es victorioso, tanto en esta vida como en la venidera. Él es gloriosamente victorioso, incluso en medio de la batalla.

## Vencedor en Cristo

Tanto en esta vida como en la eternidad en el cielo, la victoria sobre el pecado para el hijo de Dios descansa en la obra de nuestro Señor Jesucristo. Él murió en nuestro lugar tomando sobre sí la culpa de todos los pecados de todos los elegidos de Dios. Dios mismo lo juzgó como *el* pecador, no por sus propios pecados, sino por la culpa de todos los pecados de los elegidos puestos a su cargo. “Porque al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él” (II Co. 5:21).

Nuestro Señor, por Su muerte en la cruz, logró para nosotros dos bendiciones. Primero, Él murió por nuestro pecado y quitó la culpa, con el resultado de que somos sin pecado y justos ante Dios. Segundo, Cristo ganó para nosotros la bendición eterna en el cielo. La justicia que se nos imputa por causa de Cristo es nuestra justificación. La bendición de la santidad en esta vida y en la venidera es la santificación. También está en la cruz.

La santificación que nuestro Salvador ganó para nosotros no es una mera restauración de la santidad original de Adán, que él recibió como parte de la imagen de Dios. Esa santidad era una bienaventuranza suprema, pues Adán y su esposa Eva reflejaban en todo su ser la santidad misma de Dios. El alma y el cuerpo de Adán resplandecían con ella. A partir de Adán, toda la creación resplandecía en toda su gloria, sin pecado, sin culpa, sin corrupción ni muerte, sino viva, vibrante y hermosa.

Sin embargo, la gloria de la santidad que se nos imparte es mucho mayor que la santidad que poseía Adán. Es una gloria celestial que nos eleva por encima de la gloria de los ángeles elegidos. Es una gloria ganada por nuestro Salvador y dada gratuitamente a nosotros. Es una santidad que es más parecida a la santidad de Dios de lo que la santidad de Adán jamás podría ser. Es la santidad de una creación celestial. Es la santidad de la comunión del pacto con Dios en la que somos hechos “participantes de la naturaleza divina” (II P. 1:4). La santidad que tenemos por medio de Cristo, si bien es una completa libertad de toda corrupción moral en toda nuestra naturaleza, es mayor que santidad de Adán, porque revela en mayor medida la luz brillante de la santidad de Dios mismo.

Tenemos esta maravillosa santidad sólo en Cristo. Él no sólo la ganó para nosotros, sino que también nos la da por obra de Su Espíritu Santo. El Espíritu de Cristo toma posesión de nosotros y nos injerta en Cristo por una fe verdadera y viva. Somos un solo cuerpo con Cristo. Así como Cristo es santo en la plena manifestación de la santidad de Dios, nosotros, como Su cuerpo, somos santos con Él y recibimos Su santidad como propia.

## La santidad apropiada por la fe

Nos apropiamos de la santidad que tenemos en Cristo por la fe al aferrarnos a Cristo. Estamos seguros de nuestra santidad. Esta seguridad de nuestra santidad es un conocimiento muy real y es crucialmente

importante en la vida del creyente. Sin esta fe, el hijo de Dios nunca puede saber que es victorioso en su batalla contra el pecado.

Hay quienes enseñan que la “norma” de la vida cristiana es la duda. No sabemos si pertenecemos a Cristo o estamos perdidos. No sabemos si nuestros pecados son perdonados y si cuando muramos iremos al cielo. Nuestras vidas son una constante sacudida de nuestras cabezas en duda e incredulidad. El diablo hace de las suyas al crear en nosotros el temor de que las grandes verdades de las Escrituras no sean para nosotros.

Esta duda no sólo es miserable, sino que también es una malvada incredulidad. Cristo nos ordena creer en Él. No hacerlo es un desafío a Su mandato. Si somos cautivos de tal duda, no podemos considerarnos cristianos victoriosos. Seguimos siendo presa del diablo.

Es verdad que cada cristiano pasa por momentos y tiempos de duda. El diablo hace de las suyas cuando nos asalta instándonos a mirarnos a nosotros mismos y a considerar cuán grandes son nuestros pecados. Si escuchamos y nos convencemos de que nuestros pecados son demasiados y demasiado grandes, Satanás ha logrado su propósito.

Pero cuando por fe nos aferramos a las Escrituras y así nos aferramos a Cristo, nos apropiamos de la verdad de las Escrituras de que nadie puede arrancarnos de la mano de Cristo (Juan 10:28-29). Prestamos atención a la llamada de nuestro Señor en Mateo 11:28 para venir a Él en busca de descanso. Cuando venimos a Cristo, le oímos decir que todos los que vienen a Él serán recibidos porque Él no los echará fuera (Juan 6:37).

## **Victorioso en esta vida**

El luchador y cansado hijo de Dios no tiene que esperar al cielo para disfrutar de la victoria, porque ya es victorioso en esta vida. Su victoria trae alegría a su corazón y cantos de alabanza a sus labios. Camina con la confianza de que la batalla que debe seguir librando es una batalla en la que la victoria ya se ha logrado. La batalla ha terminado. El enemigo del pecado ha sido vencido. Nuestro papel es algo parecido a la «limpieza» que realiza la infantería después de que el enemigo se ha rendido.

Cristo ha obtenido esa victoria por nosotros. Su calcañar fue herido por nuestras iniquidades. Como Dios prometió, la cabeza de Satanás ha sido aplastada y su poder ha desaparecido. Cuando Pablo comenta esto, habla del hecho de que somos “más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Ro. 8:37). Ser más que vencedores no es sólo tener una poderosa victoria sobre el enemigo, sino también ver que el capitán de nuestra salvación se sirve incluso del enemigo para hacer avanzar nuestra causa, para servir a nuestra salvación, para realzar nuestra victoria y hacerla más segura. El capitán de nuestra salvación está en el campo del enemigo gobernando incluso lo que el enemigo hace. Sus órdenes están diseñadas para promover nuestra causa. Y el insensato enemigo ni siquiera es consciente de ello o, si lo es, no le presta atención.

# La evidencia de nuestra victoria

¿Cuáles son las muchas evidencias de victoria en esta vida?

Uno de los grandes temas del libro de Romanos, especialmente en el capítulo 6, es que estamos muertos al pecado. La idea de estar muerto a algo es una expresión común en las Escrituras. Por ejemplo, cuando el hijo descarriado, profundamente arrepentido, regresó a casa de su padre, éste le explicó a su celoso hijo la razón por la que estaba tan contento: “Este tu hermano estaba muerto, y ha revivido; se había perdido, y ha sido hallado” (Lc. 15:32).

Cuando el hijo estaba muerto para su padre, estaba, en lo que a su padre se refería, como muerto. Las relaciones anteriores se rompieron; el amor compartido se transformó en enemistad; la comunión entre padre e hijo quedó destruida. El padre consideraba que su hijo estaba, de hecho, muerto.

Estar muerto al pecado significa, por lo tanto, que la relación anterior que existía entre el cristiano y el pecado está rota. Por el poder de la santificación ya en esta vida, nuestra relación con el pecado ya no existe. El pecado una vez nos mantuvo en esclavitud; ahora somos libres. El pecado antes controlaba todo lo que hacíamos; ahora ya no puede hacerlo. El pecado infectó todo nuestro ser; ahora tenemos la vida del Señor exaltado dentro de nosotros. Pablo lo explica de esta manera: “Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros, pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia” (Ro. 6:14).

El pasaje en Romanos 6 no dice que el pecado está muerto en nosotros. Si dijera eso, nos desesperaríamos, porque todo hijo de Dios sabe que el pecado está muy vivo en él. Es una realidad contra la que lucha cada día. Pero la verdad es que está muerto al pecado. Eso es diferente.

Tal vez una analogía nos ayude a entender. Se puede matar un árbol cortándolo. Si se deja allí, las ramas siguen verdes durante un tiempo y el tronco del árbol puede incluso producir algunos brotes. El árbol, aunque muerto, sigue dando señales de vida. Así el cristiano muestra signos de la presencia del pecado que permanece en él, aunque en realidad está muerto al pecado.

Abraham Kuyper utilizó otra ilustración. Habló de la presencia del pecado en la vida de un cristiano santificado como algo análogo a un barco de pasajeros que se dirige a un destino. Debido al peligro de icebergs, el capitán se ve obligado a dar marcha atrás. Aunque los motores están en reversa, el barco sigue adelante por un tiempo debido a su inercia. Así el cristiano santificado es “puesto en reversa” de su dirección hacia el infierno, pero continúa en pecado por un tiempo debido a la “inercia” del pecado en su naturaleza.

Este estado del cristiano en esta vida es en realidad la propia experiencia del cristiano. Pablo confiesa que el mal que hacía no quería hacerlo y el bien que quería hacer no podía hacerlo (Ro. 7:14-25). Parece como si, desde el punto de vista moral, la voluntad tuviera prioridad en nuestra vida. Es decir, la influencia de un corazón santificado barre ante todo la voluntad, de modo que queremos el bien y rechazamos con nuestra voluntad el mal incluso cuando hacemos el mal. La victoria reside en nuestro odio al pecado, aunque lo cometamos. Sabemos que el pecado ya no tiene dominio sobre nosotros porque, aunque el pecado sigue presente en nosotros, lo odiamos y no queremos hacerlo, sino que queremos hacer el bien. Esto es una verdadera victoria, porque nuestra voluntad también estaba depravada y sólo deseaba el pecado.

Hay otras formas en las que Dios obra la santificación en nosotros de tal manera que salimos victoriosos sobre el pecado.

Confesar nuestros pecados ante Dios trae el perdón. Eso también es victoria. Cuando, en el Calvario, confesamos nuestros pecados y buscamos el perdón a través de la sangre de Cristo, estos pecados son perdonados, y sabemos que somos justos y sin pecado ante los ojos de nuestro Padre en el cielo. El pecado no puede robarnos de Su amor y cuidado. El pecado confesado no puede alejarnos del cielo. El pecado lavado en la sangre de Cristo nos da la victoria sobre Satanás y sus huestes, el mundo y nuestro propio pecado restante.

Así, la victoria del hijo de Dios se encuentra en una buena conciencia. Nuestra conciencia nos condena porque nos muestra nuestros pecados. Pero la Escritura habla de conciencias lavadas en la sangre de Cristo (Heb. 9:14). Con la libertad de una conciencia acusadora, caminamos en el gozo y la esperanza de nuestra salvación. Libres del pecado a los ojos de Dios, somos victoriosos.

La victoria del cristiano es evidente también en el hecho de que, aunque caiga en su camino, nunca se da por vencido. Puede ceder a la tentación una y otra vez, y cometer el mismo pecado repetidas veces. La tentación de rendirse y no luchar más es fuerte. Pero nunca lo hace. Caído, se levanta de nuevo. Cansado de la batalla, sigue adelante. Herido y sangrando, decide seguir su vocación con fuerzas renovadas. No puede ser derrotado, por feroz que sea la batalla. Es más que un vencedor.

En el Salmo 19, David hace su propia oración de perdón, pero, al hacerlo, distingue entre pecados secretos y pecados presuntuosos. Tiene una oración para ambos. “¿Quién entenderá sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos”. Pero también reza: “Detén asimismo a tu siervo de las soberbias; no se enseñoreen de mí; entonces seré íntegro y estaré limpio de gran rebelión” (Sal. 19:12-13).

David confiesa que, debido a su naturaleza depravada, es culpable de innumerables pecados de los que ni siquiera es consciente. En la mayoría de los casos, se trata de pecados de omisión. Estamos llamados, desde el momento en que nos levantamos por la mañana hasta que cerramos los ojos al dormir, a amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, mente, alma y fuerzas. Pero no sólo no lo hacemos, sino que ni siquiera somos conscientes de ello.

Además, también somos capaces de cometer pecados secretos. Ni siquiera conocemos los malos motivos que acechan en nuestros corazones y que nos impulsan a hacer lo que hacemos. Aparte de la obra misericordiosa de Dios de santificación, nuestras naturalezas depravadas son, como lo expresó Jonathan Edwards, “un nido de víboras.”

Jeremías también reconoció este hecho. “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jer. 17:9). Con respecto a todos estos pecados, el salmista reconoce la imposibilidad de confesarlos todos y cada uno. Ruega que lo limpien de ellos.

Pero también hay pecados presuntuosos. Son pecados que cometemos consciente y deliberadamente. Sabemos que son pecados contra Dios. Sabemos que Dios los prohíbe. Sabemos que pueden llevar y llevan al infierno. Sin embargo, los cometemos. Tal es la depravación de nuestra naturaleza que el mal que odiamos, lo hacemos.

Con respecto a estos pecados, tantos y tan grandes, pedimos a nuestro Dios que impida que se enseñoreen de nosotros. Es decir, pedimos que no se enseñoreen de nosotros, como la bebida se enseñorea del borracho, como la mentira se enseñorea del mentiroso o como el adulterio se enseñorea del adúltero. El pecado es tan poderoso que podemos llegar a ser esclavos de él. Un adicto no puede dejar de consumir drogas; un ladrón puede convertirse en cleptómano, y a menudo lo hace; un homosexual está esclavizado a su estilo de vida pecaminoso.

Son necesarias dos oraciones. La primera es que el Señor nos guarde de estos pecados presuntuosos. La segunda es que, si los cometemos, el Señor no permita que se enseñoreen de nosotros.

El Señor responde también a esa oración. Por el poder del Espíritu de Cristo que nos santifica, podemos escapar de ellos, y lo hacemos, y podemos confesarlos y arrepentirnos de ellos. Esa es la victoria.

El Señor obra todas estas gracias de santificación en nosotros y a través de nosotros de tal manera que luchamos contra estos pecados, nos arrepentimos de ellos, confesamos nuestra culpa por cometerlos y encontramos la victoria sobre ellos mientras yacemos postrados y llorando al pie de la cruz del Calvario.

En Efesios 6:11-18, Pablo nos amonesta a pelear la buena batalla de la fe, para lo cual necesitamos toda la armadura de Dios. A medida que Pablo describe esta armadura pieza por pieza, queda claro que la Palabra de Dios es la fuerza de cada pieza y que la armadura es a la vez defensiva para protegernos del enemigo, y también ofensiva para que podamos contraatacar al enemigo y obtener la victoria sobre él.

Y así somos cristianos victoriosos en la batalla. Cuando termina la batalla, el guerrero cristiano puede estar sangrando profusamente, puede tener el yelmo torcido, puede estar empuñando una espada rota y puede tener el escudo atravesado por los dardos de fuego del maligno. El campo ante él está sembrado de los cadáveres de sus enemigos. Se mantiene en pie, cansado hasta la médula de los huesos, exhausto por la ferocidad de la lucha, pero “habiendo acabado todo”, se mantiene en pie (Ef. 6:13).

## **Victorioso en la muerte**

Victorioso en la vida, el cristiano es victorioso en la muerte.

Si la batalla se libra durante muchos años, setenta u ochenta o noventa, no queda mucho de él cuando muere. Ya no puede oír ni ver ni andar ni comer ni hablar ni hacer casi nada en el mundo. La muerte viene y arrastra su cuerpo arruinado a la tumba.

Antes, a causa del pecado, la tumba era la puerta por la que pasábamos al infierno. Pero la santificación significa que Cristo, nuestro santificador divino, ha roto el muro de la tumba en la que fue sepultado, para hacer una nueva puerta, una puerta que se abre en el cielo. Por esa puerta pasa el cristiano, primero en su alma, mientras su cuerpo destrozado es entregado a la tierra.

¡Qué misteriosa es la muerte para el creyente! Roma se equivoca cuando quiere introducir una tercera puerta en la tumba, que lleve al purgatorio, para que la purificación se complete en fuegos como los del infierno. Pablo escribe a los Corintios: “Porque sabemos que si la casa terrenal de nuestro tabernáculo se deshiciere,

tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha por manos, eterna, en los cielos” (II Co. 5:1). En el momento de la muerte, cuando nuestra casa terrenal se disuelve, tenemos, en ese mismo instante, nuestro edificio eterno de Dios.

Ese momento de la muerte es también un momento de transformación espiritual. Todo vestigio de pecado en nuestras almas es borrado por la muerte. En mente y voluntad, nuestras almas son hechas perfectas y el pecado desterrado para siempre. ¡Qué maravilla! Entonces la obra de santificación ha abrazado nuestra alma.

Pero, ¿qué hay de nuestros cuerpos? También son santificados. Pueden yacer en la tumba durante muchos años o décadas o incluso milenios. Pueden convertirse en polvo del que crece la hierba. No hay diferencia. Dios cuida de ellos hasta que Cristo su Hijo regrese. Entonces sonará la trompeta y los muertos resucitarán. Entonces nuestros cuerpos también son santificados. Entonces seremos semejantes al cuerpo glorioso de nuestro Salvador que nos ha redimido (Flp. 3:21). Entonces la santificación será completa y el milagro de la gracia de Dios brillará en nosotros y a través de nosotros por toda la eternidad (Mateo 13:43). Estaremos con Dios, santos como Él, ¡para vivir con Él para siempre!

Creo en la resurrección del cuerpo. Y aquí, en el campo de batalla de esta creación terrenal o junto a la tumba de un ser querido, podemos decir: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, oh sepulcro, tu victoria?” “Mas a Dios gracias, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (I Co. 15:55, 57).

Somos más que vencedores por Aquel que nos amó en la vida y en la muerte.